

El Maestro

Me ha cabido en suerte escribir sobre Prof. Ponz como maestro.

Conocí al Dr. Ponz en Barcelona cuando comenzaba mi tercer año de licenciatura en Ciencias Naturales (Biológicas), en la asignatura de Fisiología General, que era el nombre que recibía en aquellos años la Bioquímica. Sus clases eran de una gran densidad, explicación clara, precisa, de un cuidadoso lenguaje, con introducción de términos conceptuales nuevos que, desde ese momento, pasaban a ser incorporados al discurso en esa y en las sucesivas sesiones. Había que estar muy atento, ya que no había una sola palabra superflua. Eran clases de una hora completa –costumbre que sigue manteniendo en la actualidad para la «deseperación» de los profesores que le siguen en la misma aula– en la que el Dr. Ponz, de pié, llenaba pizarra tras pizarra de fórmulas o vías metabólicas. Se notaba que estaban muy preparadas y recogían los últimos descubrimientos y aportaciones de los investigadores, así como la introducción histórica a cada tema y las vicisitudes de los diferentes hallazgos. Muchas de las cuestiones del programa que desarrollaba no se encontraban en los libros de consulta y era imprescindible tomar notas pormenorizadas de las diferentes cuestiones. En aquellas lecciones magistrales se aprendía a la vez a hablar y a expresarse con terminología adecuada, se aprendía bioquímica, si en el estudio personal se estaba «al día», se aprendía a trabajar duramente en esas sesiones que además no se hacían largas. La sesión siguiente comenzaba donde se había terminado la anterior y raramente había una recapitulación, pues la materia era larga y no se podía perder tiempo.

Años después me enteré que por aquellos años el Dr. Ponz impartía un curso de Biología General en Ciencias a un grupo del curso selectivo, la Fisiología General en tercero, la Fisiología Animal en quinto de la licenciatura en Ciencias Naturales (Biológicas) y un curso de doctorado sobre enzimología. Todo ello suponía más de nueve horas semanales de clase teórica. Toda esta actividad docente era complementada con la dirección de la investigación de su prestigioso departamento y la dirección de la Revista española de Fisiología, de la que es fundador. A esto hay que añadir otras múltiples actividades en el C.S.I.C y otras no relacionadas con la vida universitaria. Los exámenes escritos de esta asignatura estaban en consonancia con la explicación, eran muy largos y exigentes. Nunca oí una sola queja ante las calificaciones que a todos nos parecieron siempre justas. Todo esto era en el curso académico 1961-1962.

Debía de haber cursado la asignatura de Fisiología Animal en el curso 1963-64, pero aquel año me fui a trabajar a Madrid. Sin embargo, no trasladé mi expediente académico sino que realicé el quinto curso de la licenciatura por enseñanza libre en la Universidad de Barcelona. Para ello hablé con los diferentes profesores con el fin de conocer su orientación de la asignatura, recoger el programa y pedir la bibliografía que debía seguir en el estudio del mismo. Por ello tuve mi primera conversación personal con el Dr. Ponz en su despacho. Me encontré con un hombre sencillo en el trato, serio y amable a la vez pero que infundía respeto, no hay que olvidar que yo era un estudiante y él el catedrático de la asignatura «hueso» de ese curso –era habitual que fuese la última asignatura que se aprobaba en la licenciatura–. La conversación no llegó a un cuarto de hora y en ese tiempo cumplí todos los objetivos: programa, bibliografía para la parte general. Me aconsejó revisar las notas de clase de algún compañero para la parte de Fisiología animal comparada. Con esa información y la conseguida de los demás catedráticos me fui a Madrid y volví para los exámenes en Junio. De ese mes tengo un recuerdo imborrable, no sólo por el esfuerzo que tuve que hacer para preparar los exámenes, –me parece que era el único que estudiaba por libre– sino porque todos los exámenes fueron orales, uno cada sábado por la mañana gracias a la amabilidad de los diferentes profesores. En unos casos fue en el despacho del catedrático, en otros en un aula, preguntas y respuestas rápidas o algún problema a desarrollar en la pizarra. Salía de los exámenes sabiendo la nota y agradecido por la amabilidad y la consideración que tenían conmigo. Cuando el sábado que correspondiente fui al despacho del departamento de Fisiología en busca del Dr. Ponz, me dijo: «baje al aula y espere allí», y ante mi sorpresa bajó con el adjunto, Dr. Nadal. Se constituyeron en tribunal y sentado frente a ellos fui sometido a un examen oral en toda regla: duró dos horas y media. El único que preguntó fue el Prof. Ponz ya que el Dr. Nadal declinó hacer alguna pregunta cuando así se lo ofrecían. Me hizo muchas preguntas, con la particularidad de que sobre el tema elegido de cada lección estas se sucedían hasta que yo no sabía contestar. Salí del examen descontento y confuso con la sensación de no saber la signatura, ya que cada serie de preguntas había terminado con la demostración de mi ignorancia. Debo de reconocer que me fui enfadando conforme avanzaba el examen y al salir del aula cerré la puerta con cierta falta de corrección; no intuía el motivo de la dureza del examen y no entendí la diferencia de trato respecto al de los demás profesores. Al lunes siguiente fui al departamento con la doble intención de excusarme y de recoger la papeleta; al entrar, el Dr. Nadal me comentó que no había estado correcto el día del examen y que debía una excusa, entré en el despacho del Prof. Ponz y me encontré con la sorpresa de una persona sonriente, que quitaba importancia al incidente, que no me dejó proseguir en mi iniciada excusa y me daba la enhorabuena por la calificación que él mismo, el tribunal, me otorgaba: Matrícula de Honor. Pregunto por mi trabajo en Madrid y se puso a mi disposición para el futuro. Este suceso que he contado en otras ocasiones lo interpreté, pienso que correctamente, tiempo después. Era notorio para todos, profesores y estudiantes, que ambos pertenecíamos al Opus Dei. Aunque no conocía al Prof. Ponz cuando llegué a Barcelona, alguna vez habíamos coincidido en el Colegio Mayor donde yo vivía. En esas ocasiones mi trato con él había sido siempre el de un alumno respecto a su profesor, como con otros profesores de la Facultad. No obstante no podía dejar ni siquiera la duda de un trato de favor conmigo, y puedo decir que no la dejó. Fue entonces cuando me di cuenta de que no solo hay que ser justo y bueno, sino parecerlo. El ejemplo de ecuanimidad, justicia, transparencia en el comportamiento y en las acciones fue para mí una lección más que él me ha enseñado.

Terminado mi trabajo en Madrid en 1965, me desplazé a Barcelona para intentar realizar con él mi tesis doctoral. Camino de aquella ciudad lo encontré por casualidad en Zaragoza, pues junto con sus acompañantes se había detenido unos momentos en el viaje que realizaba a Pamplona para asistir a un congreso. Allí, en un bar del Paseo de la Independencia acordamos mi incorporación a su departamento. En octubre de 1965 comencé mi tesis doctoral bajo su dirección. Me enseñó personalmente la utilización de los diferentes aparatos y su función, la pulcritud en el trabajo de laboratorio, me dio las instrucciones precisas para plantear el desarrollo de la investigación, la utilización de la bibliografía, petición de separatas, revisión semanal de las revistas de referencia, etc. En esta época, como ayudante de prácticas tuve mucha relación en la parte docente de las asignaturas que desarrollaba y observé la vida diaria de trabajo. El me dijo una vez que estudiaba diariamente al menos dos horas, para llevar al día la docencia de las asignaturas que estaban a su cargo. De esas horas de estudio sacaba unas fichas que engrosaban el sobre correspondiente al tema que trataban. Este era el secreto de su capacidad de trabajo. Todo avance nuevo conocido era recopilado y metódicamente ordenado y fichado para su posterior repaso a la hora de incorporarlo a sus lecciones; y esas fichas las utilizábamos todos los que teníamos que sustituirle alguna vez en las clases. Con esa característica letra pequeña de sus escritos añadía anotaciones interlineadas en las fichas en el lugar oportuno tachando lo que no servía o añadiendo o sustituyendo una ficha con el nuevo desarrollo. Se pone así de manifiesto la constancia en el estudio, el aprovechamiento del tiempo y ese desprendimiento que supone poner a disposición de otros el fruto de su trabajo y la adquisición de nuevos conocimientos. Lo mismo hace en los temas de investigación en los que con relativa frecuencia, y nunca de una manera directa, hace referencia a algo nuevo dando por supuesto que su interlocutor ya lo conoce, con gran respeto en las opiniones del otro. Este darse continuamente a lo largo de tan dilatada vida docente, sin descanso, sin pausa, con constancia, siempre ayudando, enseñando en cada ocasión que se presenta, corrigiendo, en una palabra dirigiendo y formando a sus discípulos, ha tenido como fruto un buen grupo de personas por él formadas que cultivan distintas ramas de la Biología o están dedicadas a sus tareas profesionales. Todos guardamos el recuerdo de ese período de nuestras vidas con una cierta nostalgia, de un tiempo de formación en el que tuvimos la suerte de trabajar con un Maestro.

Recuerdo la primera clase que impartí en la Universidad de Barcelona, guiado por sus consejos. Por motivo de un viaje le sustituí en una de sus clases, y como siempre hace, lo que se explica es un tema nuevo que tiene en sí mismo coherencia, para su preparación y con tiempo suficiente, además de sus fichas me dio una reciente monografía sobre el tema que debía estudiar y resumir para las dos o tres clases que debía dar, y todo ello lo pedía como un favor, cuando estaba ofreciendo una oportunidad más de formación.

Puedo decir que una parte de su enseñanza es muy gráfica. Después de tres meses de trabajo, se le presentan los resultados obtenidos; la impericia de los comienzos en la investigación hace que los resultados no sean fiables; se rompe todo el protocolo y se comienza de nuevo; todo ello después de un concienzudo examen de los resultados y sin hacer más comentarios. Nuestro trato con él era y es de completa confianza, pero siempre con un gran respeto.

Ya en aquel primer año observé un comportamiento de una gran disciplina y concentración en el trabajo. Era frecuente interrumpirle en su estudio por asuntos variados, se entraba en su despacho previa llamada, se exponía el asunto a resolver, daba la contestación, y cuando se cerraba la puerta ya estaba otra vez en la tarea en

la que había sido interrumpido. Es ésta una característica de su modo de ser que hoy día siguen observando aquellos que lo tratan de cerca.

Cuando en 1966 fue nombrado Rector de la Universidad de Navarra, reunió a todos los que estábamos con él en el Departamento de la Universidad de Barcelona para darnos la noticia de que nos dejaba; nos dio su opinión sobre la mejor distribución de las diferentes tareas a realizar en el departamento y de todo ese conjunto de virtudes características del espíritu universitario de las que tantas veces ha hablado y escrito en las conferencias que sobre ese tema ha dado a lo largo de los años, trabajo, compañerismo, responsabilidad, delicadeza en el trato, etc. que son una constante en su vida y que había conseguido que informasen la vida de nuestras relaciones en el departamento. Entre todos pusimos al día el inventario de libros y aparatos del departamento y de la sección del C.S.I.C por separado, ya que había solicitado el traslado de la sección a Pamplona y con él se trasladaban el Dr. M. Lluch y Dña. Antonia Rubio. El inventario lo entregó al Decano de la Facultad de Ciencias con el fin de hacerlo llegar al catedrático que tomase posesión de su plaza. Pienso que todos trabajamos aquel año como esperaba. Mi relación con él fue frecuente pues dirigía mi tesis doctoral desde Pamplona. Como es lógico el catedrático que llegó traía sus propias líneas de investigación, que fue poniendo en marcha poco a poco. La distancia y la necesidad de unos medios de investigación hicieron que me trasladase a Pamplona en 1967 para seguir trabajando con él. De estos años tengo el recuerdo de su dirección de la investigación, por un lado cercana y por otro con gran libertad. Cada capítulo de la tesis doctoral era revisado y redactado varias veces. No pasaba, ni pasa, por alto ningún detalle, y cada nueva redacción salía llena de correcciones, que indudablemente mejoraban la expresión y la redacción. Lo mismo sucede con las publicaciones o con cualquier otro documento que revisa. Todo ello lleva como consecuencia que los trabajos realizados en su Departamento son trabajo en equipo tanto en el planteamiento, como en el desarrollo, conclusiones o redacción. Podría parecer que este tipo de dirección supone personalismo o exceso de intervención, pero para los que trabajamos con él siempre buscamos su orientación y consejo, sabiendo que deja una amplia libertad en el enfoque y en el modo de realizar los diferentes trabajos, da una gran confianza y responsabilidad a los que con él colaboran y todos le informamos de la marcha de la investigación. Muy pronto deja que sus colaboradores dirijan tesis doctorales o investigaciones poniendo los medios necesarios para ello; no busca figurar o estar presente en todo lo que se hace, y sin embargo siempre se le informa espontáneamente. Hay infinidad de detalles que avalan este comportamiento de dirección que a la vez es compatible con una gran libertad de iniciativa.

He tenido la suerte de ser su discípulo y también compañero de claustro, a partir de mi incorporación a la Universidad de Navarra como catedrático, pero, sobre todo he merecido la honra de contar con su amistad. Puedo decir que nunca he dejado de buscar su consejo ante las dificultades o toma de decisiones. Como Decano de la Facultad de Ciencias, siendo él Vicerrector de la Universidad, tuve un continuo trato en las cuestiones referentes a la dirección de la Facultad. Siempre me admiré por su prudencia y circunspección en las tareas de gobierno, y su docilidad y disponibilidad en cuantos encargos o indicaciones que como profesor recibía.

De estos años en los que he sido alumno en sus clases, discípulo en su magistral enseñanza en el cultivo de una parcela de la ciencia, colega en el mismo claustro académico, e indudablemente amigo con una comunidad de intereses en todos los planos de la actividad profesional y de dirección de esta empresa educativa que es la Universidad de Navarra, tengo presente su magisterio, su sencilla y discreta elocuen-

cia, precisión terminológica, agudeza y espíritu crítico. Junto al análisis sereno de las circunstancias que rodean su vida, quiero destacar su amor a la Universidad, que ha demostrado con un incansable trabajo, perseverancia y dedicación a una tarea de múltiples y diversas actividades, que siempre apuntan a un mismo fin: servir a los demás.

Sea pues este homenaje el reconocimiento de aquellos que le debemos la mayor parte de lo que sabemos y somos.

Rafael Jordana Buttica
Catedrático de Fisiología Animal
y Zoología Aplicada

Servir y Gobernar

Es difícil no herir la sensibilidad del profesor universitario al tributarle merecido agradecimiento por su buen laborar académico, docente e investigador; no duda el auténtico maestro vivir para enseñar y no para escuchar alabanzas. Me consta que Francisco Ponz Piedrafita no es muy partidario de la circulación de elogios, de manera especial cuando van dirigidos a él. Es virtual patrimonio de los locos aragoneses.

Durante más de dos lustros he tenido la singular fortuna de estar cerca del Prof. Ponz en tareas de gobierno de la Universidad de Navarra: primero como Vicerrector -siendo el Rector-, después sucediéndole en esa tarea; siempre como testigo de su buen quehacer. Cuanto a continuación escribo no es producto de un gran anhelo; quiere ser reconocimiento de mi experiencia de aprendizaje y testimonio de sincera gratitud.

Hay personas que por propio mérito saben responder a los designios de la Providencia para ser, a la vez, cimiento y pilar de instituciones. La tarea de esos *hombres-cimiento* no es fácil, pues supone trabajar en todo sin ser protagonista de nada; mejor dicho, protagonizan calladamente el servicio a los demás. Para ellos, el aplauso absurdo, su mejor recompensa está en la serena tensión del esfuerzo eficaz.

Cuando algo se conoce con profundidad y está incorporado a la propia vida, resulta más fácil comunicarlo. En el libro del Prof. Ponz, *Reflexiones sobre el quehacer universitario* -conjunto de trabajos cuya lectura recomiendo- hay un texto, entre otros, que me parece lección inmejorable para el gobierno universitario. Habla de serenidad y dice lo siguiente: La serenidad de ánimo no es desinterés, ni insensibilidad; no es aislacionismo egoísta, ni resistencia al cambio. La serenidad significa conceder la primacía a la razón, ser riguroso en el discurso, considerar con atención y objetividad los datos de un problema, los pros y contras de una decisión; supone saber distinguir entre lo principal y lo accesorio, entre lo que es importante y lo que simplemente resulta estridente (págs. 293-294). He aquí una característica del trabajo sereno que quisiera destacar como muy propia del Prof. Ponz Piedrafita: conceder la primacía a la razón. Con frecuencia me he preguntado por qué sus consejos o decisiones reflejan una calificada mentalidad jurídica, nada común en quienes se dedican a saberes del ámbito de las ciencias experimentales. La respuesta quizá sea tan sencilla como difícil de poseer: la solución más razonable siempre es la más razonada; la razón acompañada de la comprensión, fundamenta la decisión justa.